



## El día en que Acín dio la bienvenida a un joven poeta marino



Montaje realizado basado en la imagen de portada del poemario

El día siete de marzo de 1933, Ramón Acín publicaba en *El Diario de Huesca* una reseña sobre un joven oscense, Julio Castro, que había sacado a la luz “*La voz apasionada*”, colección de poemas editada a finales de 1932 por la madrileña *Tipografía Yagües*. La delicada portada del ejemplar de 224 páginas, realizada por Timoteo Pérez Rubio, quien realizó todas las magníficas ilustraciones interiores del poemario, además de un prólogo de Antonio Machado anunciaban ya la consistencia de la obra. Acín daba la bienvenida al joven Castro trazando unos pocos rasgos de su periplo vital. A lo largo de esta entrega veremos que el viaje de Julio Castro, transformado poco después en *Julio Alejandro*, surcaría mares de letras y lunas que iluminaron muchas salas de cine.



Julio Castro nace en Huesca, donde pasa sus primeros años, esos años en los que apuntan las actitudes y las aficiones de cada uno. En ese tiempo estrena un traje de marinero—todos en esos años hemos sido un poco marineros—, pantalón acampanado, jersey de rayas azules y blancas, como el mar, una gorrita graciosa y redonda y en su cinta aquello de «Carlos V» o la «Numancia». Como todos los niños, va a jugar al Isuela—cuando deja el Isuela pasa al Manzanares, tan «aprendiz de río» el uno como el otro—por modestos que sean éstos, no resultan de hilar delgado el gran copo del mar?—Echa barquitos de papel; uno suyo, quizá, de río en río y de mar en mar llegó hasta lo más ancho y hondo del Pacífico... Julio Castro hizo la carrera de marino y navegando navegando, como aquel otro navegador, oscense famoso, Arturo Bernard—descubridor de nuevas estrellas—se nos hizo astrónomo, este otro navegador—descubridor de nuevas imágenes—se nos ha hecho poeta. Ha publicado un tomo: «La voz apasionada». En el cielo de la literatura hay una nueva luz.

R. A.

**MAR**

BLANCO, azul y verde,  
verde, blanco, azul,  
luz, plata de sombra,  
sombra, oro de luz.

**NOCHE**

Luceros rojos por el Zenit.

**DÍA**

La rosa loca me marca un rumbo  
para el Nadir.

**EL ESTRECHO**

CARGA el horno fogonero,  
que no se mustie la llama,  
que quiero llegar a Cádiz  
al punto de la mañana.  
Vendrás conmigo a la Isla,  
y a los Puertos,  
y a Jerez;  
sólo a Chiclana no iré,  
que hay en Chiclana un marido,  
que no me puede ni ver.  
Está la noche,  
bonita como un deseo,  
hacen festones las luces  
dormilonas del Estrecho,  
y hasta la Luna en el cielo  
se ha prendido unos pendientes  
de luceros.  
Marinero,  
asómate a las calderas  
y diles a los paleros  
que les den prisa a las palas,  
que me espera en Puerta-Tierra  
mi mocita gaditana.

## Un poeta oscense y marinero

7 de marzo de 1933. *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap117)

Julio Castro nace en Huesca, donde pasa sus primeros años, esos años en los que apuntan las actitudes y las aficiones de cada uno. En ese tiempo estrena un traje de marinero—todos en esos años hemos sido un poco marineros—, pantalón acampanado, jersey de rayas azules y blancas, como el mar, una gorrita graciosa y redonda y en su cinta aquello de “Carlos V” o la “Numancia”. Como todos los niños, va a jugar al Isuela—cuando deja el Isuela pasa al Manzanares—, tan “aprendiz de río” el uno como el otro—¿por modestos que sean estos, no resultan de hilar delgado el gran copo del mar?—. Echa barquitos de papel; uno suyo, quizá, de río en río y de mar en mar llegó hasta lo más ancho y hondo del Pacífico... Julio Castro hizo la carrera de marino y navegando navegando, como aquel otro navegador, oscense famoso, Arturo Bernard—descubridor de nuevas estrellas—se nos hizo astrónomo, este otro navegador—descubridor de nuevas imágenes—se nos ha hecho poeta. Ha publicado un tomo: “La voz apasionada”. En el cielo de la literatura hay una nueva luz. □

### Poemas que incluye el artículo

#### Mar

Blanco, azul y verde,  
verde, blanco, azul,  
luz, plata de sombra,  
sombra, oro de luz.

#### Noche

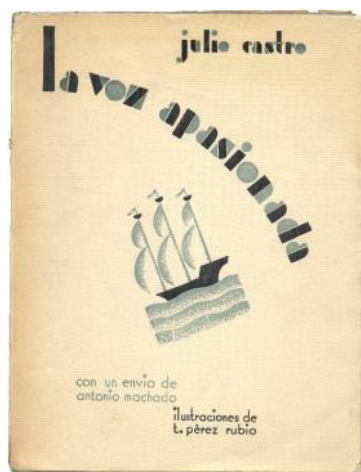
Luceros rojos por el Zenit.

#### Día

La rosca loca me marca un rumbo  
para el Nadir

#### El Estrecho

Carga el horno fogonero,  
que no se mustie la llama,  
que quiero llegar a Cádiz  
al punto de la mañana.  
Vendrás conmigo a la Isla,  
y a los Puertos,  
y a Jerez;  
sólo a Chiclana no iré,  
que hay en Chiclana un marido,  
que no me puede ni ver.  
Está la noche,  
bonita como un deseo,  
hacen festones las luces  
dormilonas del Estrecho,  
y hasta la Luna en el cielo  
se ha prendido unos pendientes  
de luceros.  
Marinero,  
asómate a las calderas  
y diles a los paleros  
que les den prisa a las palas,  
que me espera en Puerta-Tierra  
mi mocita gaditana.



Julio Alejandro de Castro Cardús, nombre completo del autor de los poemas, tuvo una vida de película.

Pero como el vital viaje marino de Julio Alejandro lo condujo a tierras americanas y su amor por la literatura y el teatro lo llevaron al séptimo puerto del Arte, vamos a dejar a un gran cinéfilo como Luis Alegre que nos haga ese viaje desde la reseña que realizó para la web de la Real Academia de la Historia.

## Julio Alejandro de Castro Cardús

Luis Alegre Saz. Real Academia de la Historia

Castro Cardús, Julio Alejandro de. Julio Alejandro. Huesca, 27.II.1906 – Denia (Alicante), 22.IX.1995. Guionista de cine y escritor.

Apasionado desde muy joven por el mar y la literatura, después de estudiar el bachillerato en Madrid ingresó en la Escuela Naval de San Fernando (Cádiz).

Su condición de caballero guardiamarina y alférez de fragata le llevó a Alhucemas y Shanghái en los años veinte. Vivió múltiples peripecias, en las que sufrió cárcel y, en varias ocasiones, estuvo a punto de perder la vida. En 1932 publicó su primer libro de poemas, La voz apasionada, prologado por Antonio Machado, quien lo definió como “pastor de olas y capitán de estrellas”.

Solicitó la excedencia en la Marina para estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid, pero regresó en 1936 al ser reclamado como ayudante del ministro de Marina, José Giral, y posteriormente, de Indalecio Prieto. Poco después de estallar la Guerra Civil, fue herido y el mismo Indalecio Prieto le llevó con su coche a un avión francés que lo trasladó a Toulouse (Francia), donde trabajó como profesor universitario. Concluida la contienda, viajó a Lisboa (Portugal) y más tarde a Manila (Filipinas), donde ejerció la docencia en la Universidad de Santo Tomás y padeció todo tipo de penalidades durante la Segunda Guerra Mundial. Logró huir de Manila en un barco estadounidense en el que se empleó como lavaplatos y que lo llevó a San Diego (California).

Después de permanecer breves temporadas en México, Santiago de Chile y Buenos Aires, regresó a España.

En Madrid inició su labor como dramaturgo y a finales de la década de 1940 estrenó diversas obras de teatro con buena acogida. En 1950 marchó a México, contratado como dialoguista de películas, y en ese país permaneció treinta y cuatro años desarrollando esta actividad, así como las de director artístico (El ángel exterminador, 1962, de Luis Buñuel; Pedro Páramo, 1966, de Carlos Velo) y, sobre todo, guionista de cine. Colaboró en la escritura de ciento nueve películas dirigidas por realizadores como Tito Davison, Emilio Fernández, Julio Bracho, Emilio Gómez Muriel, Roberto Gavaldón, Tulio Demicheli, Alfredo B. Crevenna, Arturo Ripstein, Rogelio A. González o Felipe Cazals, cuya película Canoa (1975), escrita por Julio Alejandro, figura en las



antologías del cine mexicano. Sin embargo, fueron sus guiones con Luis Buñuel —Abismos de pasión, 1953; Nazarín, 1958; Viridiana, 1960; Simón del desierto, 1965, y Tristana, 1969— los que forjaron su prestigio internacional.

En esos trabajos reveló hasta qué punto había asimilado las diferentes tradiciones culturales que marcaron su obra: el realismo y el esperpento españoles, el surrealismo, el cristianismo o el melodrama mexicano.

Logró en dos ocasiones el premio Ariel de la cinematografía mexicana al mejor guión.

En 1985 regresó a España y desde entonces se le tributaron diversos reconocimientos, entre los que destacó el homenaje que le rindió en 1989 el Festival de Cine de Huesca, que editó un libro sobre su vida y obra, Fanal de Popa. Hasta el final de su vida continuó componiendo poemas. Recién concluido el verano de 1995, en su casa de Jávea, se despidió de la vida como siempre soñó, mirando al mar y rodeado de amigos: el director de cine José Luis García Sánchez y el escritor Manuel Vicent, que escribió en el diario El País una crónica de esa muerte y de la personalidad de Julio Alejandro. Según deseo personal del escritor, sus cenizas fueron enterradas en una finca cercana al monasterio de Veruela el 27 de octubre de 1995. □

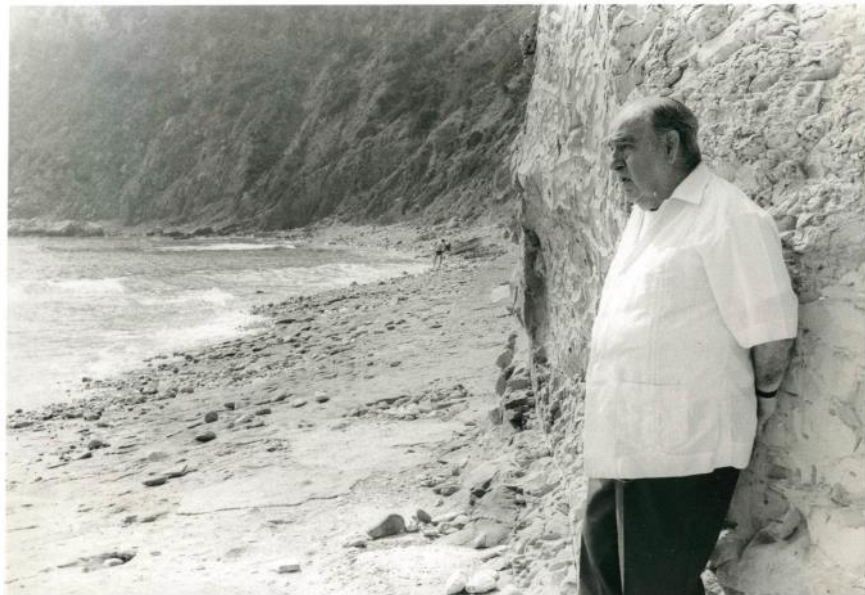
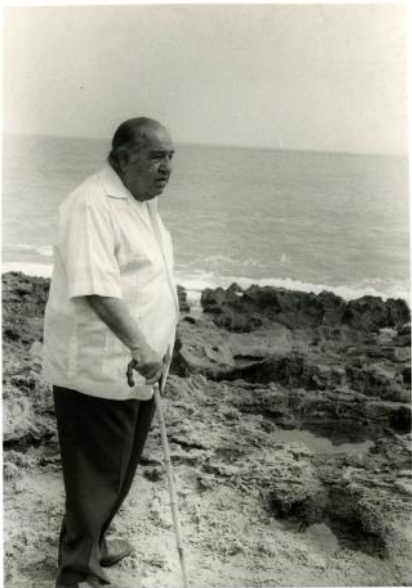
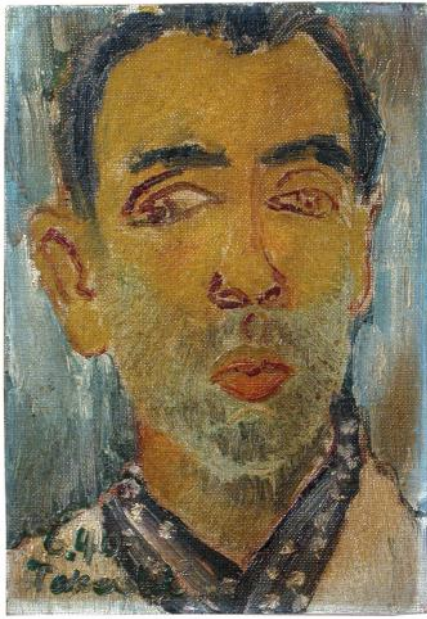


Desde la izquierda, Julio Alejandro con Luis Buñuel, Manuel Álvarez Bravo y Gabriel Figueroa.



A la derecha *Viridiana* y *Nazarín*, con guiones de Alejandro





Julio Alejandro fue tan digno y tan amable, con una amabilidad no de protocolo ni medida hacia afuera, sino fruto de una bondad sabia y elaborada, que murió como vivió, regalando lo mejor de sí mismo. Luis Alegre, en las palabras anteriores, ya hacía referencia a ello. A continuación os invitamos a leer el delicioso recuerdo que el escritor Manuel Vicent dedicó a Julio Alejandro tras asistir a su plácido tránsito a otros mares. También recordó ese momento otro testigo, el director de cine José Luis García Sánchez, en unas divertidas palabras que le dedicó en un documental al que podréis acceder en un enlace al final de esta entrega. Vamos con Vicent.

## Muerte real de Julio Alejandro

Manuel Vicent. *El País*, 1995

Nos había citado Julio Alejandro para tomar café en su casa a las siete de la tarde y a esa hora llegamos a Jávea el cineasta José Luis García Sánchez, el ayudante de dirección Salvador Pons y yo. Vivía sólo en un extremo de la bahía, cerca de la playa del Arenal, en una zona de apartamentos que a esta altura de septiembre ya aparecían deshabitados, con las ventanas cerradas, los toldos recogidos y abrochados con plásticos para el invierno. Los veraneantes habían regresado a la ciudad, pero en medio de la desolación de todas las terrazas vacías había una sola iluminada y desde ella nos gritaba a los tres extraviados un anciano con voz todavía musculosa agitando los brazos: "Es aquí, es aquí, gilipollas". Esa misma voz nos volvió a tronar por el hueco del ascensor: "Es el quinto piso. Subid".



Manuel Vicent en el documental *Julio Alejandro, un mar de letras*, 2006

No conocía personalmente a Julio Alejandro. Le admiraba por las leyendas que de él contaban los amigos. Era uno de esos personajes sumergidos de la Generación del 27 que han sido genios privados, con un talento disgregado en múltiples oficios: marino, poeta, guionista de *Viridiana*, de *Nazarín*, de *Tristana*, decorador de cine, anticuario, autor de teatro, prisionero de los japoneses durante la invasión de Filipinas, testigo de la guerra del opio de Shangai, elementos que lo convertían en el héroe más deseado en todas las tertulias. Nos esperaba inquieto sobre el felpudo del rellano, y en el momento de los abrazos fue extremadamente amable conmigo. A simple vista me pareció un viejo de lo más fardón. Vestía pantalones de esquiama, babuchas de cuero, jersey fino con cuello de cisne y encima llevaba otro jersey de grano gordo de color manteca. Nos sentamos en sillones de mimbre alrededor de una mesa en la terraza y sólo bebíamos agua mineral. Julio Alejandro miraba la bahía de Jávea, cerrada por el acantilado del cabo San Antonio, y detrás de su cabeza carnosa el sol estaba bajando con todas las tonalidades de sangre y de almíbar posible. Enseguida comenzó a contar cosas de su pasado ya muy perdido. Era una charla fascinante hecha de palabras y vivencias precisas y en ellas ámbitos muy lejanos se mezclaban con artistas y escritores muertos. "He sido marino y no puedo vivir sin el mar. Dentro de tres meses cumpliré 90 años. En este límite de la edad sólo se experimenta una paz muy suave. Todos los días miro el mar. Sé que muy pronto por esa línea del horizonte llegará la calaca. Subirá hasta aquí, se sentará a mi lado en ese sillón, charlaremos un rato amigablemente y luego nos iremos los dos juntos despacio por el fondo de la bahía". La calaca es el esqueleto de la muerte. Mientras la bahía de Jávea se iba inflamando con un oro muy leve, Julio Alejandro habló de la calaca con una ternura indecible, el tono de voz medido, mirándose con ojos bajos el dorso de una mano cubierta de pecas negras como si hubiera ensayado ese parlamento infinitas veces hasta extraerle el matiz que deseaba, pero enseguida recobró la risa y se puso a hablar de la vida. "Nunca he conducido un coche ni he escrito a máquina porque yo soy un señor. Esto de la informática es un monstruo con una boca insaciable. Acabará por borrar el pensamiento y tragárselo todo. Me causan terror esos chicos que se pasan 17 horas frente al ordenador. Deberían estar en la calle viendo como les crecen las tetas a las niñas".



Interrumpiéndose a sí mismo, luego añadió: "Ah, José Luis, anoche vi en televisión a Ariadna Gil. Qué belleza más extraña. Dile a David Trueba que le haga una foto de perfil con un gorro egipcio y descubrirá que esa muchacha es Nefertari".

Tenía delante el pedernal del cabo, y con una apoteosis de Bernini a la valenciana el sol, al caer entre nubes de sangre por los montes de la Aitana, sacaba también muchos destellos de la coronilla de Julio Alejandro, que ahora había comenzado a hablar de política entre sorbos de agua mineral sin gas. "No me gusta Anguita porque levanta demasiado el dedo. No me gustan los políticos que apuntan con el dedo. Anguita lo hace así, hacia arriba. Aznar apunta con el dedo horizontal".

Julio creía que en España había mucha corrupción, pero no tanta como la gente pensaba. Había que limpiar esa basura del PSOE y yo le decía que la política era poca cosa frente a la fuerza de la vida, que por mucha corrupción que hubiera bastaría con que los panaderos, los fontaneros, los mecánicos, fueran excelentes para que el país se salvara, como prometió Jehová a Sodoma y Gomorra. El anciano me miró con ironía: "Eres muy optimista. No sabes lo fácil que es comenzar a degollarse", exclamó por lo bajo.



Julio Alejandro de Castro hacia 1950

Se le veía tranquilo, con los ojos brillantes, sentado en aquel sillón de mimbre en medio de la dulzura de una puesta de sol de septiembre que doraba la bahía de Jávea. Después de un silencio, aunque sonreía, me pareció que le caía una lágrima. Creí que Julio estaba pensando otra vez en la calaca, pero de pronto me miró fijamente y dijo que deseaba obsequiarme con una historia, puesto que yo era un literato. Antes de hablar dudó un poco, incluso gimió levemente y enseguida exclamó con los ojos muy fijos en la punta de las babuchas: "Aquel niño me miró con rencor... No sé si contártelo".

—Por favor, cuéntenos esa historia —insistimos los tres invitados.

—Hace unos días vinieron a verme unos amigos con un hijo de ocho años. No era más alto que esta mesa —dijo Julio Alejandro con una gran melancolía—. Quise hacerle un obsequio para que se acordara siempre de mí. Le regalé una piel de lobo marino. El niño, antes de tomarla, me preguntó: "¿Quién ha matado a este animal?". Le contesté: "Yo mismo". Entonces el niño me miró con rencor y exclamó: "¿Y por qué en lugar de matar a este pobre animal no te han matado a ti, que eres un viejo que ya no sirve para nada?".

En ese instante Julio Alejandro calló. Con la cabeza baja parecía que trataba de llorar sin conseguirlo del todo. Otra lágrima le cayó sobre el labio inferior amoratado y nosotros creíamos que el recuerdo de esta historia le había emocionado, pero en realidad estaba agonzando. Le acababa de dar una embolia cerebral y nosotros lo ignorábamos. Para animarle comenzamos a contar cosas disparatadas y en su agonía él aún trataba de ser cortés y sonreía con un esfuerzo sobrehumano. A veces tendía un brazo hacia la bahía intentando incorporarse del sillón y nosotros forzábamos las risas hasta la carcajada por ver si se le deshacía el nudo de emoción que parecía tener en el pecho.





Julio Alejandro en su apartamento de Jávea



Fotograma del documental Julio Alejandro *Un mar de letras*

—Hay que dejarlo tranquilo.

—Julio, ¿te encuentras mal? ..

—Sin duda, el recuerdo de aquel niño le ha alterado. Ya le pasará.

A continuación volvimos a contar historias esperpénticas mientras Julio espiraba. Este terrible malentendido duró casi media hora, ya que el moribundo se comportaba con una discreción exquisita. En vista de que no mejoraba, entre los tres lo trasladamos hasta el sofá del salón donde quedó tendido y absorto. Logramos comunicarnos a través de Rafael Azcona con un hermano de Zaragoza y éste avisó a un médico de Jávea. Julio Alejandro estaba entrando en coma. Le dije:

—Si me oyes, apriétale la mano a José Luis.

Desde el sofá, Julio extendió el brazo izquierdo hacia José Luis García Sánchez y le estrechó débilmente la mano como se hace en las despedidas, y ése fue el último gesto que realizó. En ese momento sonó el teléfono. Una voz femenina lejana y muy dulce preguntó por él. Luego dio el recado: "Dígale a Julio Alejandro que el encargo que me hizo ya está cumplido". Colgó enseguida. En un folio en blanco sobre su mesa de trabajo bajo la lámpara dejamos escrito este aviso para que Julio lo leyera si despertaba, pero ya no despertó.



[Pincha en la imagen para ir al documental](#)

Manuel Vicent

